

EL HAMBRE

ALMA KATSU

Traducción de Natalia Cervera

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Hunger*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2018 by Alma Katsu and Glasstown Entertainment LLC

© de la traducción: Natalia Eva Cervera de la Torre, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-473-3

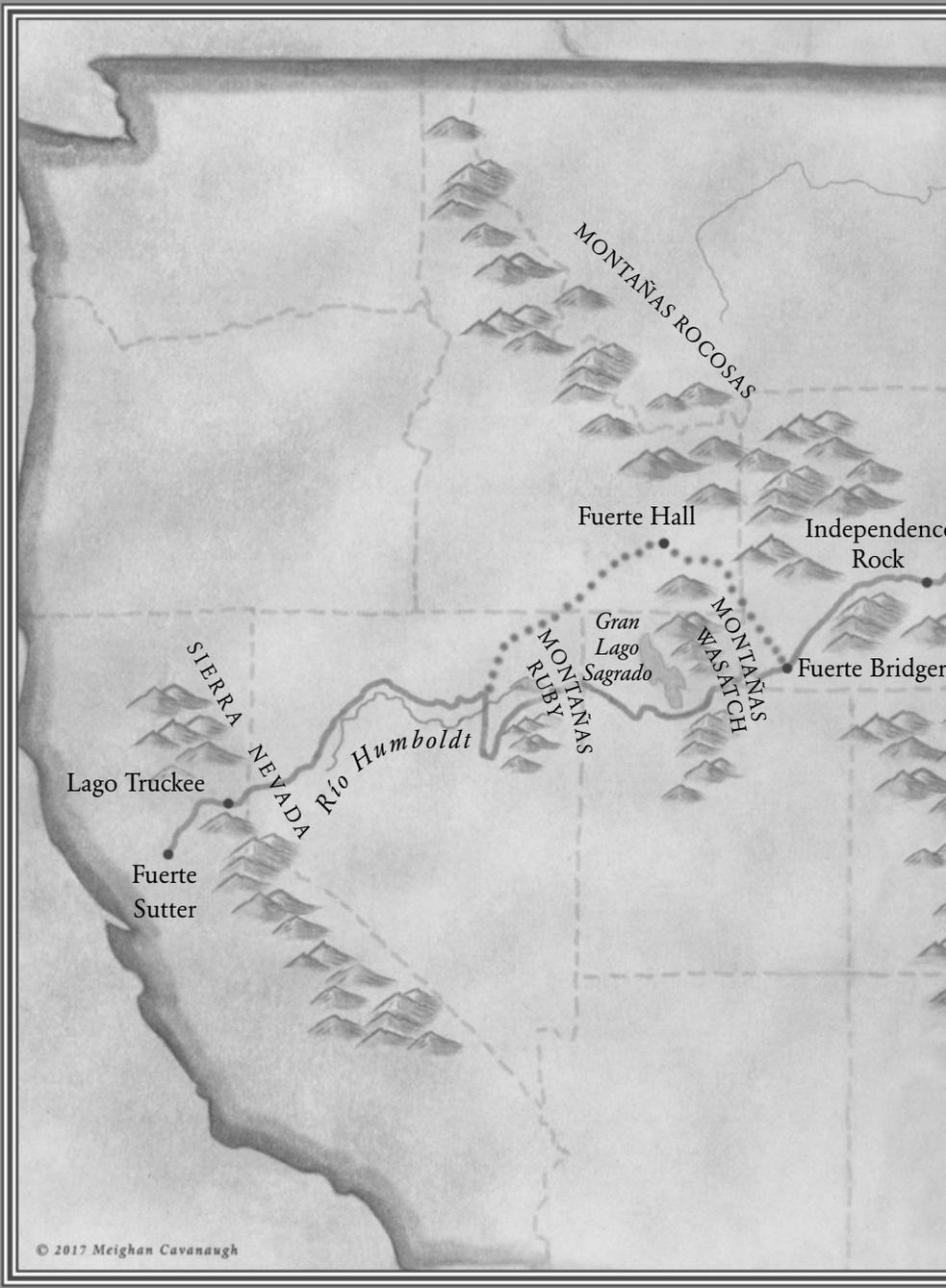
Depósito legal: M. 935-2019

Printed in Spain

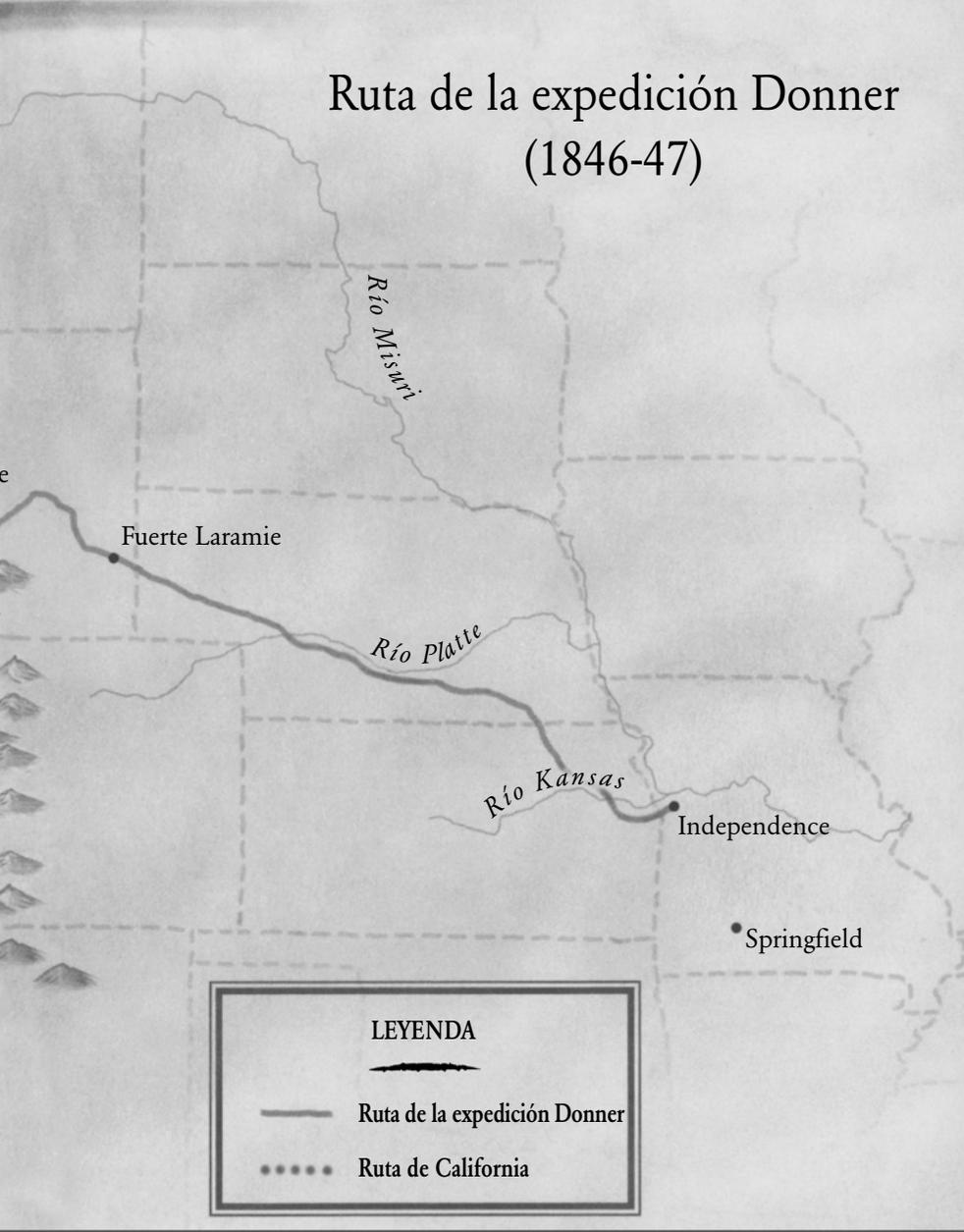
SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para mi marido, Bruce



Ruta de la expedición Donner (1846-47)



LEYENDA

-  Ruta de la expedición Donner
-  Ruta de California

Prólogo

Abril de 1847

Todos estaban de acuerdo en que el invierno había sido crudo, uno de los peores que recordaban. Tan crudo que había obligado a un par de tribus indias, los payutes y los miwok, a bajar de la montaña. No había caza por ningún lado y un hambre incesante dominaba todos sus movimientos, dejaba a su paso los campos yermos cuajados de marcas negras de hogueras que no emitían ningún olor, como ojos oscuros en la tierra.

Un par de payutes les dijeron que habían visto a un blanco loco, que había logrado sobrevivir a aquel invierno infernal, desliziéndose como un fantasma por el lago helado.

Tenía que ser su hombre: un tal Lewis Keseberg, el último superviviente conocido de la tragedia de la expedición Donner. El grupo de rescate había partido con la intención de dar con Keseberg y volver con él vivo, si era posible.

Estaban a mediados de abril y la nieve llegaba a los caballos por el pecho; el equipo tuvo que dejarlos en un rancho de la zona y continuar a pie.

Después de alcanzar la cima, fría, ventosa y desolada, tardarían tres días en bajar hasta el lago. La primavera conllevaba barro, y a montones, pero a mayores alturas seguían en invierno y el suelo era un espeso manto blanco. Era traicionera aquella nieve: ocultaba grietas y escarpadas caídas. La nieve guardaba secretos. Parecía que se estaba pisando terreno firme, pero más tarde o más temprano se desmoronaba la cornisa bajo los pies.

El descenso resultó aún más duro de lo que esperaban: la nieve cedía, empapada y resbaladiza, imbuida de un deseo sobrenatural de arrastrar a todo el equipo montaña abajo.

Cuanto más se acercaban al lago, más oscuro estaba todo, con árboles tan altos que difuminaban las cumbres y bloqueaban el paso del sol. Se notaba que había caído una buena nevada por el daño sufrido por los árboles: ramas tronchadas y unos diez metros de corteza llena de arañazos. Junto al lago también reinaba un silencio sobrecogedor. No se oía el menor sonido: ni el canto de los pájaros ni el salpicar de aves acuáticas que golpearan la superficie. Nada más que el golpeteo de los pasos, la respiración trabajosa y, de cuando en cuando, el crujido de la nieve al derretirse.

Lo primero que percibieron, ya inmersos en la bruma del lago, fue el hedor; olía a carroña en todo el paraje. El omnipresente hedor de la carne putrefacta se mezclaba con el aroma de las coníferas. A medida que se acercaban a la orilla, el aire se hacía más denso. El olor de la sangre, con la punzada del hierro, parecía surgir de todas partes, de la tierra, del agua y del cielo.

Según les dijeron, los supervivientes habían estado resguardándose en una cabaña abandonada y dos cobertizos improvisados, uno de ellos construido contra una gran roca. No tardaron en encontrar la cabaña a la orilla del lago, recorrido por las ondas de una niebla perezosa. Se alzaba solitaria en un pequeño claro. No había duda de que estaba deshabitada, pero no lograban sacudirse la sensación de que no estaban solos, de que dentro los esperaba alguien, algo salido de un cuento de hadas.

La aprensión parecía haber ido apoderándose de todo el equipo, y el olor antinatural del aire los tenía con los nervios a flor de piel. Se acercaron a la cabaña lentamente, blandiendo los fusiles.

Había varios objetos incongruentes desperdigados por la nieve: un devocionario de bolsillo, una cinta marcapáginas que ondeaba al viento.

Dientes dispersos.

Lo que parecía una vértebra humana, sin rastro de piel.

La aprensión ya les llegaba a la garganta y al fondo de los ojos. Unos cuantos se negaron a seguir. Tenían delante la puerta de la cabaña, con un hacha apoyada al lado, en la pared exterior.

La puerta se abrió por sí sola.

A grayscale, atmospheric landscape photograph of a mountain range. The mountains are rugged and appear to have some snow or light-colored rock. A wide valley or riverbed stretches across the middle ground, with a river or stream visible in the distance. The overall tone is dark and moody, with a soft, hazy light source behind the mountains.

JUNIO DE 1846

Capítulo 1

En opinión de Charles Stanton, no había nada mejor que un buen y minucioso afeitado. Esa mañana estaba delante del gran espejo atado a un lateral de la carreta de James Reed. En todas direcciones, la pradera se extendía como un manto, agitado ocasionalmente por el viento: kilómetros y kilómetros de zacate de búfalo sin fin, tan solo interrumpidas por la roja atalaya de Chimney Rock, erguida a lo lejos como un centinela. Si entrecerraba los ojos, la caravana parecía un montón de juguetes desperdigados por la vasta e interminable maleza: frágiles, insignificantes, intrascendentes.

Se volvió hacia el espejo y se colocó la navaja bajo la barbilla, recordando una de las expresiones favoritas de su abuelo: «Los taimados se ocultan tras una barba, como Lucifer». Stanton conocía a muchos hombres que se daban por satisfechos con un cuchillo bien afilado, e incluso a algunos que usaban un hacha, pero para él no había nada comparable a una navaja barbera. No se encogió al sentir el metal frío en el cuello; de hecho, hasta le gustaba.

—No te consideraba tan presumido, Charles Stanton —dijo una voz a su espalda—, pero si no te conociera, me parecería que te estabas admirando. —Se le acercaba Edwin Bryant, con una taza de hojalata llena de café en la mano. La sonrisa se desvaneció rápidamente—. Te has hecho sangre.

Stanton bajó la vista a la navaja; estaba manchada de rojo. En el espejo se vio una línea carmesí en el cuello, un tajo palpitante

de ocho centímetros en el lugar donde tenía hasta entonces la punta de la cuchilla. Estaba tan afilada que ni lo había notado. Se arrancó la toalla del hombro y se apretó la herida con ella.

—Se me habrá escurrido la mano —dijo.

—Siéntate —dijo Bryant—. Voy a echarle un vistazo. Tengo un poco de formación médica, ¿sabes?

Stanton apartó la mano extendida de Bryant.

—Estoy bien, no es nada. Un contratiempo. —Era una definición perfecta de aquel maldito viaje. Un «contratiempo» tras otro.

—Si tú lo dices... —Bryant se encogió de hombros—. Los lobos pueden oler la sangre a tres kilómetros.

—¿Qué querías? —preguntó Stanton. Sabía que Bryant no se había acercado a la carreta solo para charlar, y menos cuando deberían estar unciendo a los animales. A su alrededor bullía el habitual caos matinal. Los arrieros agrupaban a los bueyes, que hacían temblar la tierra con su peso. Los hombres desmontaban sus tiendas de campaña y las cargaban en sus carretas, o apagaban las hogueras con arena. El aire estaba cargado de los gritos de los niños, que acarreaban cubos de agua para la bebida y la limpieza del día.

Stanton y Bryant se conocían desde hacía poco, pero se habían hecho amigos en seguida. Stanton viajaba con una pequeña caravana que había partido de Illinois, compuesta principalmente por las familias Donner y Reed, pero hacía poco se había unido en Independence, una localidad de Misuri, a un grupo mucho mayor encabezado por el militar retirado William Russell. Edwin Bryant había sido uno de los primeros miembros de la expedición Donner en presentarse y parecía gravitar en torno a Stanton, quizá porque los dos eran solteros en una caravana llena de familias.

En cuanto al aspecto, Edwin Bryant era el opuesto de Stanton. Este último era alto, y fuerte sin intentarlo. Le habían alabado el físico toda la vida. Que él supiera, había heredado de su madre el pelo castaño oscuro, denso y rizado, y los ojos tiernos.

«Tu aspecto es un regalo del diablo, chico, para que puedas arrastrar a otros al pecado». Otra de las sentencias de su abuelo. En una ocasión lo había golpeado en la cara con la hebilla de un cinturón, quizá con la esperanza de ahuyentar al demonio que veía

en ella. No funcionó. Stanton no perdió ni un diente; se le había curado la nariz y se le había difuminado la cicatriz de la frente. No le constaba que el demonio hubiera desaparecido.

Bryant le sacaría un decenio. A causa de los años pasados en un periódico, era más blando que la mayoría de los miembros de la expedición, granjeros, carpinteros o herreros, hombres que vivían del duro trabajo físico. De ojos débiles, debía usar lentes casi de continuo. Tenía un aire perpetuamente despistado, como si anduviera pensando en otras cosas. Sin embargo, no se podía negar que tenía cacumen; probablemente era el hombre más listo de la expedición. Había reconocido que pasó unos años de aprendiz de un galeno cuando era muy joven, aunque no quería que le encargaran los servicios médicos de la caravana.

—Mira esto. —Bryant dio una patada a unos matojos, levantando una nube de polvo—. ¿Te has fijado? La hierba está muy seca para esta época.

Llevaban varios días viajando por terreno llano; el horizonte era una larga franja de alta hierba de la pradera y matorrales. A lo lejos, flanqueando la ruta, se elevaban y descendían colinas de arena de color oro y coral. Algunas eran escarpadas, como dedos que señalaban directamente al cielo. Stanton se agachó y arrancó unos cuantos tallos de hierba. Las briznas eran cortas, de no más de veinte centímetros, y ya se habían tornado de un verde marrónáceo desvaído.

—Parece que hubo sequía hace poco —dijo Stanton. Se puso en pie, se sacudió el polvo de las manos y miró hacia el distante y brumoso telón morado. La tierra parecía extenderse interminablemente.

—Y solo estamos entrando en la llanura —señaló Bryant. Estaba claro lo que quería decir: quizá no hubiera suficiente hierba para los bueyes y el ganado. Hierba, agua, madera: las tres cosas que necesitaba una caravana—. Las condiciones son peores de lo que esperábamos, y tenemos un largo camino por delante. ¿Ves esas montañas a lo lejos? Eso no es más que el principio, Charles. Detrás de esas montañas hay más, y desiertos, y praderas, y ríos más anchos y profundos que ninguno que hayamos cruzado hasta ahora. Todo eso nos separa del océano Pacífico.

Stanton ya había oído esa letanía. Bryant había dicho poco más en los últimos días, desde que llegaron a la cabaña del trampero, en Ash Hollow. La cabaña vacía se había convertido en una suerte de puesto avanzado fronterizo para los pioneros que cruzaban la llanura, que acostumbraban dejar cartas para que el siguiente viajero que se dirigiera al este las llevara a una verdadera estafeta de correos para su reparto. Muchas de aquellas cartas eran simples papeles doblados, dejados bajo una piedra con la esperanza de que acabarían por alcanzar a su destinatario, allá en casa.

Stanton se había sentido extrañamente reconfortado por la visión de todas aquellas cartas. Le habían parecido un testimonio del amor de los viajeros por la libertad y su deseo de tener grandes oportunidades, pese a los riesgos. Pero Bryant se había puesto nervioso: «Mira todas esas cartas. Debe de haber docenas, puede que un centenar. Los colonos que las escribieron irán muy por delante de nosotros en la ruta. Somos de los últimos que parten esta temporada, y sabes qué significa eso, ¿verdad? —le preguntó a Stanton—. Puede que vayamos con retraso. Cuando llegue el invierno, la nieve bloqueará los pasos de la montaña, y el invierno llega antes a más altura».

—Paciencia, Edwin —dijo Stanton ahora—. Acabamos de dejar atrás Independence...

—Pero estamos a mediados de junio. Avanzamos demasiado despacio.

Stanton volvió a echarse la toalla al hombro y miró a su alrededor: había salido el sol hacía horas, pero aún no habían desmontado el campamento. Por doquier, las familias terminaban de desayunar sobre los restos de sus hogueras. Las madres cotilleaban, con los bebés en brazos. Un chaval estaba jugando con un perro en vez de recoger del campo los bueyes de la familia.

—Con la buena mañana que hace, ¿cómo puedes culparlos? —preguntó con indiferencia. Tras varias semanas de marcha, nadie estaba impaciente por enfrentarse a un día más. La mitad de los hombres solo tenían prisa cuando llegaba el momento de repartir la jarra de alcohol casero. Bryant se limitó a fruncir el ceño; Stanton se frotó la nuca—. En cualquier caso, con quien hay que hablar es con Russell.

Bryant se agachó a recoger su café con un mohín.

—Ya lo he hablado con Russell y está de acuerdo, pero no hace nada. Es incapaz de decir que no a nadie. A principios de semana, ¿te acuerdas?, dejó ir a cazar bisontes a esos tipos, y la caravana se pasó dos días parada mientras se ahumaba y se secaba la carne.

—Puede que más adelante nos alegremos de tenerla.

—Te garantizo que veremos más bisontes. Pero no volveremos a ver esos días.

Stanton se daba cuenta de que Bryant tenía razón y no quería discutir.

—Mira, esta noche iré contigo a hablar con Russell y le haremos ver que lo decimos en serio.

—Estoy harto de esperar. —Bryant negó con la cabeza—. Es lo que venía a decirte: voy a dejar la caravana. Unos cuantos vamos a adelantarnos a caballo; las carretas van demasiado despacio. Entiendo que los hombres con familia necesiten las carretas. Tienen que transportar a los niños, a los viejos y a los enfermos. Tienen propiedades de las que preocuparse. No se lo reprocho, pero tampoco quiero ser su rehén.

Stanton pensó en su carreta y su yunta de bueyes. Le habían costado casi todo el dinero que había sacado de vender la tienda.

—Ya veo.

Los ojos de Bryant se iluminaron tras las gafas.

—El jinete que se nos unió anoche me ha dicho que los washo están al sur de su terreno de pasto habitual, a unas dos semanas por el sendero. No puedo correr el riesgo de perdermelos. —A Bryant le gustaba considerarse un antropólogo aficionado y, supuestamente, estaba escribiendo un libro sobre las creencias espirituales de las diversas tribus. Podía pasarse horas hablando de las leyendas indias: animales parlantes, dioses bromistas, espíritus que parecían vivir en la tierra, el viento y el agua... Se entusiasmaba tanto que varios colonos lo miraban con desconfianza. Por mucho que a Stanton le gustaran las narraciones de Bryant, sabía que podían resultar terroríficas para los cristianos criados únicamente con relatos bíblicos, que no entendían que un hombre blanco sintiera tal fascinación por las creencias de los nativos.

—Sé que son tus amigos —continuó Bryant—, pero ¡por el amor de Dios! —Cuando se emocionaba con un asunto, era difícil que

lo dejara—. ¿Qué les hizo creer que podían llevarse toda la casa a California?

Stanton no pudo evitar sonreír. Por supuesto, sabía a qué se refería Bryant: al gran carromato de George Donner, fabricado a medida. Había sido la comidilla de Springfield mientras lo construían, y toda la caravana hablaba de él. La base medía un metro de más, de modo que quedaba sitio para un banco y una zona de almacenamiento cubierta. Hasta llevaba una pequeña cocina, con una chimenea que sobresalía de la cobertura de tela.

—Quiero decir... —Bryant señaló con la cabeza el campamento de los Donner—. ¿Cómo pretenden cruzar las montañas con ese armatoste? Ni cuatro yuntas de bueyes podrían arrastrarlo por esas cuestras, y ¿para qué? Para que la reina de Saba viaje cómodamente. —En el breve tiempo transcurrido desde que los colonos de Springfield se unieron a la expedición Russell, más numerosa, Edwin Bryant había desarrollado un sano e indisimulado desdén hacia Tamsen Donner—. ¿Has visto esa cosa por dentro? Es como el barco de Cleopatra, con su colchón de plumas y sus sedas.

Stanton sonrió con sorna. No era como si los Donner estuvieran durmiendo dentro; su carreta estaba llena de utensilios domésticos, camas incluidas, como todas las demás. Bryant era bastante propenso a las exageraciones.

—Creía que George Donner era un tipo listo —prosiguió Bryant—, pero se ve que no.

—¿Qué tiene de malo que quiera hacer feliz a su mujer? —preguntó Stanton. Quería considerarse amigo de George Donner, pero no podía, ya que sabía de sus contactos.

Para colmo de males, últimamente le costaba apartar la vista de la mujer de Donner. Tamsen Donner tendría unos veinte años menos que su marido y era de una belleza sobrecogedora, probablemente la mujer más guapa que había conocido. Era como una de esas muñecas de porcelana que se veían en las tiendas de los modistos exhibiendo las últimas tendencias francesas en miniatura. Tenía una mirada traviesa que lo atraía irremediablemente, y una cintura estrechísima, tanto que un hombre podría rodearla con las dos manos. Tuvo que detenerse varias veces para no pensar en cómo se sentiría con esa cintura entre los dedos. Para Stanton era un misterio

que George Donner hubiera conseguido hacerse con semejante mujer, aunque sospechaba que algo tendría que ver el dinero.

—Unos cuantos partimos mañana —dijo Bryant en voz más baja—. ¿Por qué no te vienes? No tienes ataduras; no tienes una familia por la que preocuparte. Podrías llegar mucho más deprisa... adondequiera que vayas.

Saltaba a la vista que Bryant intentaba de nuevo sacar información, averiguar por qué viajaba Stanton al Oeste. La mayoría de la gente estaba deseosa de hablar de ello. Bryant sabía que Stanton había sido propietario de una mercería y una casa en Springfield, pero no le había revelado, ni a él ni a nadie, el porqué de su decisión de abandonarlo todo. Su socio, el que tenía sentido comercial, murió inesperadamente, y Stanton quedó solo al frente de la tienda. Tenía la cabeza para ello, pero le faltaba la inclinación: servir al flujo interminable de clientes; regatear con aquellos a los que no les gustaban sus precios; intentar aprovisionar los estantes de productos que resultaran atractivos a los ciudadanos de Springfield, vecinos a los que casi no conocía y a los que, desde luego, no entendía. ¿Aguas olorosas exóticas? ¿Cintas de raso brillante? Había sido una época solitaria y, sin duda, uno de los motivos por los que había dejado Springfield.

Pero no había sido el único.

—¿Y qué hago con mi carreta y mis bueyes? —decidió objetar—. No puedo dejarlos tirados en el camino.

—No haría falta. Seguro que encuentras a alguien del grupo que quiera comprártelos. O puedes contratar a un arriero para que se encargue de llevarte la carreta a California.

—No sé —dijo Stanton. A diferencia de Bryant, no le importaba viajar con familias, entre el ruido de los niños y el cacareo agudo de las mujeres. Pero había algo más—. Necesito tiempo para pensármelo.

En aquel momento, un jinete apareció al galope; un torbellino de polvo anunció su llegada. George Donner. Uno de sus cometidos era el de poner la caravana en marcha por las mañanas. Normalmente se mostraba alegre mientras metía prisa a las familias para que recogieran el campamento y enyugaran a los bueyes con el fin de proseguir el camino, pero aquella mañana tenía una expresión sombría.

Stanton saludó brevemente a Donner. Por fin llegaba el momento de partir.

—Estaba a punto de atar... —empezó.

—No vamos a salir aún —interrumpió Donner, muy serio—. Ha surgido un contratiempo.

—¿Voy a buscar el maletín médico? —preguntó Bryant, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—No ha sido un contratiempo de esa clase. —George Donner se agitó en la silla—. Ha desaparecido un niño. Esta mañana, cuando sus padres han ido a despertarlo, no estaba en la tienda.

Stanton sintió alivio de inmediato.

—Es normal que los niños se vayan por ahí.

—Cuando estamos en marcha, sí, pero no por la noche. Los padres van a quedarse aquí para buscarlo, y también se queda más gente a ayudar.

—¿Buscan más voluntarios? —preguntó Stanton. Donner negó con la cabeza.

—Tienen de sobra. En cuanto saquen sus carretas del camino, el resto de la caravana se pondrá en marcha. Estad atentos, por si veis algún rastro del niño. Quiera Dios que no tarde mucho en aparecer.

Donner partió de nuevo y dejó una columna de polvo a su paso. Si el niño se había perdido en la oscuridad, era improbable que sus padres volvieran a verlo. Aquella amplitud podía tragarse fácilmente a un niño, con el implacable espacio que se extendía en todas direcciones, con los horizontes que sojuzgaban hasta al sol.

Stanton vaciló. Quizá debiera partir en su busca. No vendría mal un poco más de ayuda. Se llevó la mano al cuello, pensando en montar su caballo. Los dedos salieron rojos. Estaba sangrando otra vez.

Capítulo 2

Las carretas se extendían por la llanura, delante de Tamsen Donner, hasta donde le alcanzaba la vista. El primero a quien se le hubiera ocurrido llamar *galeras* a los carromatos de los pioneros no andaba errado, porque las cubiertas parecían velas blancas que ondeaban bajo el intenso sol de la mañana, y las densas nubes de polvo que levantaban las ruedas casi podían tomarse por el oleaje que empujaba las barcas por el mar del desierto.

Prácticamente todos los pioneros preferían caminar para ahorrar a los bueyes el peso extra, e iban por los campos, a los lados del sendero, para evitar el grueso de la polvareda. El ganado, compuesto por vacuno para leche y carne, así como cabras y ovejas, iba también por la pradera, pastoreado por niños y niñas armados con varas, y el perro de la familia devolvía al rebaño a los rezagados.

A Tamsen le gustaba andar. Le daba tiempo para buscar las hierbas y plantas que necesitaba para sus remedios: milenrama para la fiebre, corteza de sauce para el dolor de cabeza. Consignaba en un diario la flora que encontraba, y guardaba muestras de las plantas desconocidas para estudiarlas o experimentar con ellas.

Además, si caminaba, daba a los hombres la oportunidad de admirar su figura. ¿De qué servía tener ese aspecto si lo desperdiciaba?

También había otra cosa. Si se pasaba todo el día en una carreta, empezaba a sentir que esa inquietud de descontento punzante crecía en su interior como un animal enjaulado, tal como le ocu-

ría en casa. En el exterior, al menos, la bestia de la infelicidad podía vagar a sus anchas y dejarle espacio para respirar y pensar.

Sin embargo, aquella mañana tardó poco en arrepentirse de su decisión. Betsy Donner, que se había casado con el hermano menor de George, corría hacia ella. No era que Betsy le cayera mal exactamente, pero, desde luego, tampoco le caía bien. Era tan chabacana como una chica de catorce años, muy distinta de las amigas que había conocido Tamsen en Carolina antes de casarse con George: las otras profesoras, sobre todo Isabel Topp; Hattie, la criada de Isabel, que le había enseñado qué plantas usar para curar; la esposa del párroco, que leía en latín. Las echaba de menos a todas.

Ese era el problema principal. Llevaban un mes y medio de camino, y Tamsen estaba agitada. Había pensado que cuanto más se acercaran al Oeste, más libre se sentiría; no había previsto aquella sensación de estar atrapada. Durante las primeras semanas hubo distracciones: la novedad de vivir con lo que transportaban en una carreta y acampar por las noches bajo las estrellas; tener entretenidos a los niños día tras día de la infinita ruta, inventando juegos y convirtiendo los juegos en lecciones. Al principio era una aventura, pero, más adelante, lo único en lo que podía pensar era en lo tedioso que se había hecho y en lo mucho que habían dejado atrás.

En lo mucho que ella había dejado atrás.

En cómo la oscura punzada del ansia crecía con la distancia en vez de amainar.

Desde el principio, Tamsen se había opuesto a que se trasladaran al Oeste, pero George había dejado claro que a él le correspondían todas las decisiones sobre la forma de vida de los suyos. La había abordado como dueño de un próspero negocio agrario, con cientos de acres de cultivo y una vacada. «Nací para la prosperidad. Déjame a mí gestionar los asuntos de la familia y nunca te faltará de nada», le había prometido. Irradiaba una confianza fascinante; ella estaba sola y cansada de valerse por sí misma después de que la viruela se llevase a su primer marido. Se decía que con el tiempo acabaría por quererlo. No tenía más remedio.

Era la única forma de enmendar la sensación de que nada iba bien, el corazón roto.

Además, sintiera lo que sintiera, sabía que siempre podía confiar en Jory. Su hermano opinaba que George le convenía, y se había inclinado a creerlo. Se obligó a creerlo.

Después, George le planteó la idea de mudarse a California. «Es la tierra de las oportunidades —le dijo tras leer libros escritos por colonos que habían conseguido terminar el viaje—. Seremos más ricos de lo que podamos imaginar. Allí podríamos hacernos con miles de acres, muchísimo más de lo que podríamos comprar en Illinois. Instauraríamos nuestro propio imperio y se lo transmitiríamos a nuestros hijos». Convenció a su hermano Jacob para que lo acompañara en la grandiosa empresa. Tamsen se interesó por los rumores que había oído sobre los problemas que surgían en California: ¿no había mexicanos asentados allí? No iban a cederles sus tierras sin más ni más. ¿Y eso que se decía de que iba a estallar una guerra con México, tal como había ocurrido en Texas? Pero George restó importancia a sus preguntas. «La gente se está marchando a California en masa —adujo—. El Gobierno no se lo permitiría si fuera peligroso». Hasta sacó para demostrarlo su libro favorito, la *Guía del emigrante a Oregón y California*, escrita por Lansford Warren Hastings, un abogado que había realizado el viaje. Y aunque Tamsen tenía aún muchas más preguntas, en parte quería sentir la misma esperanza que él... de que tal vez las cosas irían mejor en California.

Pero de momento solo estaba atrapada en un viaje interminable, rodeada únicamente por las personas a las que menos apreciaba: la familia de su marido.

—Buenos días, Betsy —dijo cuando se acercó su cuñada, afectando una sonrisa. Las mujeres siempre estaban obligadas a sonreír, y dominaba la técnica hasta tal punto que a veces se asustaba.

—Buenos días, Tamsen. —Betsy era una mujer cuadrada, ancha de hombros y caderas, y entre medias más abundancia de lo que ningún corsé podía contener—. ¿Has oído la noticia? Se ha perdido un niño, un poco más atrás.

Tamsen no se sorprendió; la caravana ya había sufrido un percance tras otro: señales todas, si se sabía interpretarlas. Tan solo la semana anterior, abrió un barril de harina y se la encontró infestada de gorgojos. Hubo que tirarla, evidentemente; una pérdida